

ORACION PRONUNCIADA

POR EL SR. CANONIGO

LIC. D. LORENZO OLACIREGUI

EN LAS HONRAS FUNEBRES

QUE EL PRIMER CONCILIO DE MICHOACAN

CELEBRO EN SUFRAGIO

DE LOS ILLMOS. PRELADOS DIFUNTOS



3X2170

D4

04

c.1

MORELIA

TA Y LIBRERIA DE SAN IGNACIO

Guerrero, número 34

1897

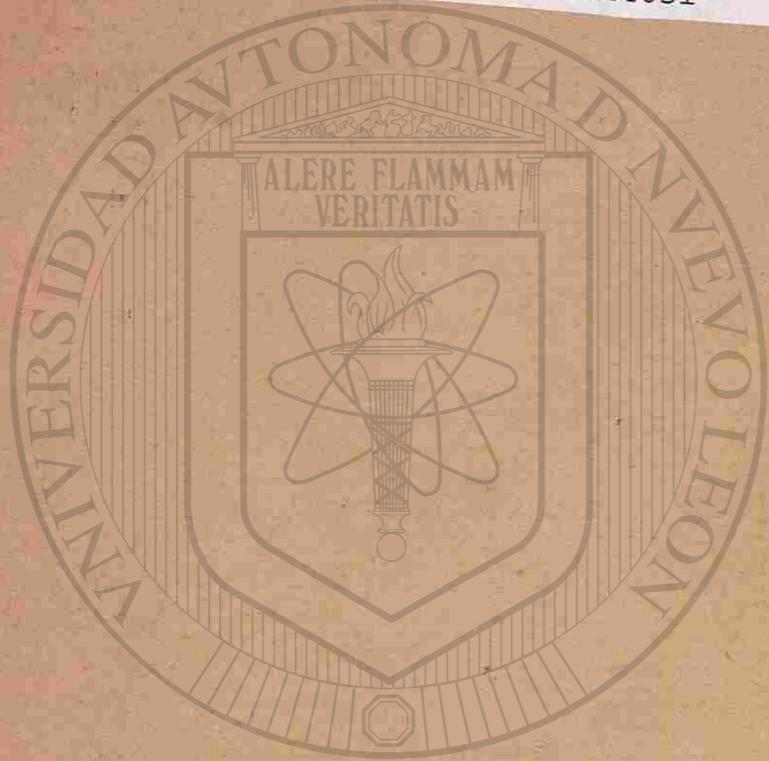
LIV

BX2170

.D4

04

c.1



ORACION PRONUNCIADA

POR EL SR. CANONIGO

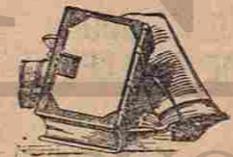
LIC. D. LORENZO OLACIREGUI

EN LAS HONRAS FUNEBRES

QUE EL PRIMER CONCILIO DE MICHOACAN

CELEBRO EN SUFRAGIO

DE LOS ILLMOS. PRELADOS DIFUNTOS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
En la casa Valverde y Teñez

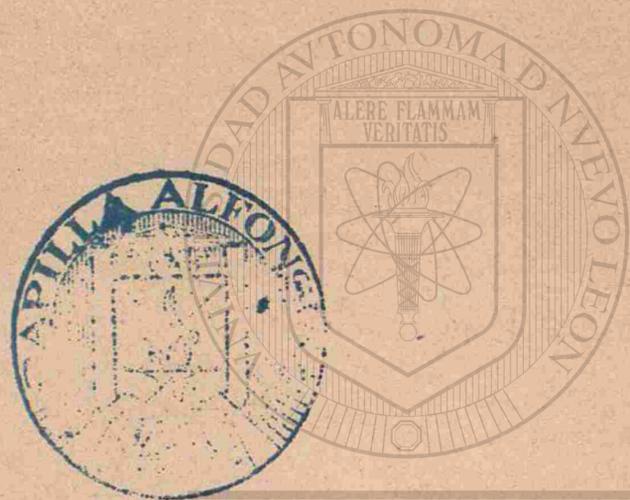


MORELIA  
IMPRESA Y LIBRERIA DE SAN IGNACIO  
Guerrero, número 34  
1897

BX 2170

04

04



FONDO EMETERIO  
VALVERDE Y TELLEZ

125186

*Sapientiam ipsorum narrent populi, et  
laudem eorum nuntiet Ecclesia.*

ECCLI. XLIV, 15.

Celebren los pueblos su sabiduría y  
publiquen sus loores en las asambleas  
sagradas.

ILLMO. Y RMO. SEÑOR:

ILLMOS. SEÑORES:

HERMANOS MIOS:

**E**L espíritu de caridad que vive en el seno  
de la Iglesia y que la guía en todos sus ac-  
tos, nos reúne en la presente solemnidad al pie de  
los altares del Dios de las misericordias infinitas.  
Ahora no es para alcanzar del Divino Espíritu au-  
xilios de luz y rectitud para la venerable Asamblea,  
sino para hacernos volver la vista á los santos  
ejemplos que en los siglos pasados nos han deja-  
do los ilustres Prelados de esta provincia, y para

que elevemos al cielo humildes y fervientes plegarias por su eterno descanso.

Mi misión, hermanos míos, es en esta vez la de ayudaros á hacer esas gloriosas y edificantes reminiscencias; y exhortaros por este medio, á presentar á Dios la ofrenda de vuestros piadosos sufragios. ¡Qué difícil es mi misión! si se atiende por una parte á la pobreza de mis talentos, y por otra á la dificultad de encerrar, dentro de los límites de un discurso, el rico y abundoso caudal que proporcionan los anales verdaderamente ilustres de esta Santa Iglesia.

Las santas virtudes y preclarísimas dotes del Episcopado de esta provincia, nos hacen ver que el Autor de todo bien distribuyó entre ellos copiosamente el tesoro de sus dones según las necesidades de esta Iglesia. A unos les otorgó las necesarias para fundarla; á otros, los que convenía para su conservación, y á otros los que exigía su tutela y defensa: en todos, bendito sea Dios, anduvo pródiga la bondad Divina. Estos grandes beneficios nos han venido por las manos de la que, desde el principio, se nos ofreció como Madre tierna de los mexicanos, María de Guadalupe. ¡Tierna y constante protectora nuestra, pon bajo tu égida poderosa la debil palabra de tu ministro y el corazón de sus oyentes! *Ave María.*

El siglo XVI, hermanos míos, fué en la historia del cristianismo el siglo de las grandezas humanas. Sus hombres fueron grandes. Grandes sus santos, como S. Ignacio de Loyola, S. Francisco Javier, S. Francisco de Borja y Santa Teresa de Jesús; grandes sus obispos, S. Francisco de Sales y S. Carlos Borromeo. Ese siglo produjo políticos como el Cardenal Jiménez de Cisneros, teólogos como Salmerón y Melchor Cano; místicos como Fr. Luis de Granada y el venerable Juan de Avila; poetas como Fr. Luis de Leon, Tasso, Garcilaso y Cervantes; arquitectos como Juan Bautista de Toledo y Juan de Herrera, constructores del Escorial; y artistas, como Miguel Angel y Rafael. Y fué grande también ese siglo por sus acontecimientos. Justifican esta apreciación los inventos prodigiosos de la imprenta, de la pólvora y de la brújula; la construcción de la primera basílica del mundo, San Pedro de Roma; la celebración del gran Concilio en Trento. Pero entre todos esos acontecimientos, descuella con singular grandeza la conquista que hicieron de parte de este continente, para la corona de Castilla y para el reino de Jesucristo, el celo y las virtudes de los apóstoles del Crucificado. En ese siglo se erigió esta Iglesia de Michoacán, que saliendo de en medio de sus montañas y levantándose entre sus bosques seculares, fué á rendir obediencia al vicario de Jesucristo.

Uno de los doce primeros apóstoles franciscanos que hicieron la conquista espiritual de México, el Ilustrísimo Señor D. Fr. Luis de Fuensalida, fué electo primer Obispo de esta Iglesia de Michoacán. Sucesor, en la prelación regular, de Fr. Martín de Valencia, antes que otro alguno, predicó en lengua mexicana y fué el que mejor la supo hablar. Su profunda humildad le hizo rehusar la alta dignidad del Episcopado; su ardiente celo por la gloria de Dios le puso en su corazón el deseo de pasar al Africa para inmolarsé en el martirio, predicando entre aquellas feroces tribus el Evangelio; pero desistió de su empresa, á instancias de San Pedro Alcántara, y volvió sus pasos hácia México; mas la muerte lo sorprendió en su camino, y terminó su vida el año de 1545, en Puerto Rico, donde está enterrado. Esta sencilla narración os hace ver, Señores, de qué talla era el primer Obispo de esta Iglesia, que si no tuvo la dicha de disfrutar de su gobierno, recibió y conserva el recuerdo de sus grandes virtudes, como los cimientos sobre que está levantada, en la historia de la cristiandad, esta distinguida porción del rebaño de Jesucristo.

El sucesor del Obispo electo Fuensalida, fué el Ilmo. Señor D. Vasco de Quiroga. Su nombre solo, es en la historia eclesiástica de las Américas una epopeya. Este ilustre y santo varón, ha conquistado en nuestros anales con razón el más alto

renombre. Es llamado justamente ornamento de la toga y de la mitra, el Ambrosio de las Indias, padre del siglo XVI, autor de la disciplina eclesiástica del continente americano, fundador de sus Iglesias, asilo de la miseria, creador de nuestro estado civil, insigne protector de los hijos de este suelo. No me pidais hermanos míos las pruebas de estos conceptos. No, no me las pidais, porque son innecesarias para los que vierten y para los que escuchan estas afirmaciones, cuando las vierten y las escuchan en suelo michoacano. No es menester ir á pedírselas á nuestros empolvados archivos que están llenos de los documentos más preciosos. Allí encontraríamos toda una legislación que fundó esta Iglesia; leyes, decretos, providencias, reglamentos, por los que se establecieron las parroquias, las doctrinas, los hospitales, asilos de niños y de personas desvalidas, y por los que fueron gobernados muchos años; y aun en nuestros tiempos, sin gran esfuerzo de observación, se ve en ese cuerpo de leyes, el fundamento de nuestras costumbres y de nuestras tradiciones, que han impreso su especial caracter y fisonomía á las Iglesias Mexicanas. Allí en nuestros archivos se hallan los primeros estatutos dados á esta Santa Iglesia y su Cabildo, de que ambos ciertamente hacen un título de honor; allí los expedientes terminados con los acuerdos y sentencias, en que se adunan la justicia y la más alta prudencia, reve-

ladoras de aquel espíritu de paz, que nacido de la más alta caridad, caracterizó y distinguió al señor Quiroga: allí están las últimas palabras que, consignadas en su testamento, legó á sus hijos los michoacanos; cada una de ellas que formuló en Uruapan, en que pasó á la vida eterna nuestro anciano padre, á la edad de 95 años, son otros tantos argumentos de solícito amor hácia nosotros sus hijos.

Todo da testimonio de la excelsitud del Señor Quiroga. Recorrió la extensísima Diócesis de Michoacán, comprensiva en aquel tiempo de los territorios de Jalisco, León, Zamora, S. Luis Potosí, Saltillo, Monterrey, Chiapas, Tepic, Colima, Zacatecas, Durango, Chihuahua, Sonora, y Sinaloa, y su marcha es una huella luminosa que refleja la gloria de este gran Prelado. La agricultura le debe su gran incremento; la flora sus mejores adornos; él llevó al amenísimo pueblo de Ziracuaretiro los primeros vástagos de plátanos, que se extendieron con rapidez en todas las zonas templadas de nuestro continente. No necesito, hermanos míos, evocar, en apoyo de mis aserciones, las reminiscencias de épocas lejanas. Las benéficas instituciones del Señor Quiroga, resistiendo el doble y destructor martillo del tiempo y del espíritu de reforma de nuestro siglo, se presentan aun en nuestros días y elevan su elocuente voz para dar gloria á su bienhechor insigne. Como armoniosos

ecos de la más pura de las famas, llegan á nosotros tantos pueblos fundados. Capula, Teremendo, Cocupao, Patamban, San Felipe y tantos otros pueblos, venid aquí y decid en medio de esta nobilísima Asamblea del primer Concilio de Michoacán, á quién se deben vuestra fé, vuestra civilización, las industrias que dieron de comer á vuestros padres, y que os proporcionan el pan con que alimentais á vuestros hijos.

Abrid, hermanos míos, las páginas del primer Concilio Mexicano, y os mostrará en sus cánones penitenciales un momento de la profunda piedad del Sr. Quiroga.

Todo era grande en este insigne Varón. Tiene que separarse temporalmente de su Diócesis, para tomar parte en las deliberaciones del Santo Concilio de Trento, y deja encomendado el gobierno de su Obispado, á Fr. Alonso de la Veracruz, fundador sapientísimo de las Universidades de México y Tiripetío. Sus restos están sepultados en el Templo de San Agustín de esta ciudad y son objeto, aun en nuestros días, de profunda veneración de parte de los fieles.

Es materia hermanos míos, de una obra voluminosa, que no se ha emprendido todavía, el presentar completo el cuadro, en verdad glorioso, de todo el Episcopado de la Provincia, formado de 44 Prelados. Debe hacerse mención particular del Sr. D. Fr. Juan de Medina Rincón, primer Obispo resi-

dente en esta ciudad, gran escritor y biógrafo del Apóstol de tierra caliente.

Es preciso detenerse en el notable y edificante gobierno del Illmo. Sr. D. Márcos Ramírez del Prado. Convocó y presidió dos sínodos diocesanos, en 1,640 y 1,642; conservándose del primero ejemplares impresos que contienen veintisiete importantes constituciones sinodales. Pero el acontecimiento más notable de su largo Pontificado de 26 años, sin duda alguna es la inagotable caridad que desplegó, con motivo de la terrible peste, la más destructora de que se tiene memoria en el país. Fueron tales sus estragos, que la ciudad de Tzintzuntzan, que contaba 20.000 indios, quedó reducida á 200. Un testigo ocular de aquel desastre asegura que desaparecieron cinco sextas partes de la población indígena. En tan afflictivas circunstancias, el gran Prelado, con corazón de verdadero padre, desplegó toda la fuerza de su genio y todos los recursos de su ardiente caridad. Improvisó hospitales, multiplicó los lazaretos, derramó con profusión sus limosnas y administró personalmente los sacramentos á los contagiados. Semejante á S. Carlos Borromeo, se puso al frente de su clero para socorrer á su numerosa grey. Admira como pudo impender en su auxilio más de un millón de pesos, siendo como eran tan pequeñas las rentas del Obispado.

Destácase también con singular grandeza el

Illmo. Sr. D. Fr. Antonio de Monroy, el primer mexicano que ocupó la silla episcopal de Michoacán. Concedor de la filosofía de Santo Tomás de Aquino y gran teólogo escolástico, vistió el hábito de la Religión Dominicana, y fué tan manifiesta su superioridad, que mereció ser General de la Orden de Predicadores. Es tal vez el único mexicano que ha llegado á ese altísimo honor.

En este siglo décimo séptimo, cupo á la Iglesia de Michoacán la dicha de ser gobernada por el Illmo. Sr. D. Juan José de Escalona y Calatayud. Sus virtudes, sus beneficios y su memoria lo hacen verdaderamente preclaro. Distribuyó todas sus rentas benéficas y patrimoniales socorriendo á los pobres. Compraba muchos tercios de ropa en las ferias de Acapulco y Jalapa, que personalmente repartía entre los necesitados. Y llegó á vivir con tal pobreza, que alguna vez se sirvió para su persona de ropa prestada. Son numerosas las obras que emprendió y supo realizar. El palacio episcopal, el convento de Santa Catarina, las calzadas de Guadalupe y los Urdiales, las Iglesias de Indaparapeo, Tarímbaro y Otzumatlán, construidas á sus expensas, se deben á la munificencia del Sr. Calatayud. Sus restos mortales se hallan inhumados al pie del altar que en esta Basílica está dedicado á la Santísima Virgen de Guadalupe.

Sin dar á lo que voy á exponer para gloria de

Dios y honra del episcopado michoacano, más valor que el que le prestan los documentos históricos en que está fundado, no debo pasar en silencio hermanos míos, que después de muchos años de inhumadas las entrañas de este justo Varón, que no fueron embalsamadas, se hallaron frescas, incorruptas, con la sangre líquida y en estado perfectamente natural. Todo consta de una información que hizo levantar la autoridad diocesana, en la que se ven las declaraciones juradas de tres médicos, de doce vecinos caracterizados de esta capital y de tres notarios públicos que dieron fé de este hecho prodigioso. El expediente original se halla en los archivos del Arzobispado.

¿Cómo olvidar en estos momentos al ilustre Prelado que el 23 de Enero de 1.760 bendijo y colocó la primer piedra de la monumental fábrica del Colegio Seminario, que diez años después colocó la primera beca sobre los hombros de sus alumnos, y que le dió constituciones, que como afirma un gran escritor, se formaron con presencia de las obras del célebre Rollin, de los sabios estatutos dados al Colegio de Milán por San Carlos Borromeo, que han hecho de ese plantel una límpida gloria para la Iglesia y para nuestro Estado? ¡Loor eterno á tan insigne benefactor, el Ilmo. Sr. D. Pedro Anselmo Sánchez de Tagle!

Cierra, hermanos míos, esta ilustre galería de grandes Prelados en el siglo décimo octavo,

el Ilmo. Sr. Dr. D. Fr. Antonio de San Miguel. Deputado por la Bondad Divina para suavizar el terrible azote del hambre de 1.786, no me preguntéis qué hizo; preguntadme que dejó de hacer el bondadoso y caritativo Prelado. Miradlo haciendo grandes acopios de semilla, repartiendo diariamente más de cien mil raciones á los miserables, enagenando el coche, empeñando sus rentas, iniciando y llevando á cabo la gran obra del acueducto para dar pan y trabajo á los pobres. Genio previsor, hizo venir de tierra caliente á 50 niños, cuyos estudios costeó en el Seminario para formar sacerdotes aclimatados en aquellos mortíferos temperamentos.

Vuelvo, hermanos míos, mi vista á la época presente; apartándola de los siglos pasados, y me encuentro en un país cuyo nombre se registra ya en el catálogo de las naciones independientes, y en el territorio de la Diócesis de los Vasco de Quiroga, Calatayud y Sánchez de Tagle, cuatro tronos y sobre ellos sentados á cuatro príncipes de la Iglesia. Aunque de ayer, estos nuevos obispos han dado ya los primeros pasos en su nueva senda, y han abierto en los anales de la Iglesia páginas gloriosas, que la posteridad leerá con respetuosa admiración, como nosotros se la rendimos de lo más íntimo del alma.

Emocionado contemplo, hermanos míos, al venerable anciano D. José Antonio de la Peña, ar-

mado con la misión que le diera el Vicario de Jesucristo, empuñar el báculo de pastor de las almas y encaminarse á la nueva grey, agrupándosela á su derredor; y como los Zumárragas, los Garcés y los Ciudad Rodrigo, poner por fundamentos de su nueva Diócesis, el doble cimiento de la doctrina y de la virtud. Retrátanse en su semblante con caracteres tan vivos la pureza de su corazón, las más rectas intenciones, la augusta severidad de sus pensamientos, lo diré de una vez, la santidad de su alma, que no era posible estar en su presencia sin sentir por el augusto Pontífice respetuosa veneración; y ésto no algunas veces, sino siempre; no sólo en el altar celebrando los tremendos misterios, no sólo en la cátedra sagrada alimentando á las turbas con el pan de la divina palabra, sino en todas las circunstancias de la vida.

¡Qué diré, Señores, del varón doctísimo y de ejemplarísima rectitud, del Illmo. Dr. y Maestro D. José María de Jesús Díez de Sollano y Dávalos, fundador de la insigne Diócesis de León; que no sea inferior á su mérito? Hermanos míos, voy á hablaros de su ciencia y de su virtud, que tan alto levantan la personalidad de este Prelado.

¡Su ciencia! Fué creada, alimentada, sostenida y perennemente cultivada en el estudio asiduo de la Santa Escritura y de las obras filosóficas y teológicas de Santo Tomás de Aquino. A estas dos

fuentes ocurría en el púlpito, en las cátedras, en sus consejos, hasta en sus conversaciones familiares. Sus pastorales y sus otros escritos son vigorosas y combinadas exposiciones de esos dos ricos veneros. Fué, en todo el rigor de la palabra, uno de los restauradores entre nosotros de la filosofía tomista. Por eso, cuando leyó la encíclica *Eterna Patris*, en que el gran León XIII la imponía en las escuelas católicas, se vió al Illmo. Sr. Sollano entregarse á los mayores transportes del entusiasmo.

¡Su virtud! Yo no hablaré sino de su celo por la gloria de Dios. Su celo lo mantuvo sin salir de su obispado, con excepción de dos limitadísimos tiempos en que lo abandonó para consagrar á uno de sus Illmos. Hermanos y asistir á la consagración de otro. Su celo lo llevó á la casi no interrumpida visita de su diócesis. Con excepción del tiempo, muy limitado de descanso, dividía todas las horas y todos los momentos en el estudio, la piedad y la administración de sacramentos. Pero sobre todo en la predicación fué un modelo y dechado perfecto de asiduidad y constancia. Señores, si á alguno de mis oyentes ocurre el pensamiento de que traspaso los límites de la exactitud, trasladaos á esa dichosa diócesis, y no recorreréis ciudad ó villoría por insignificante que sea, sin persuadiros de que mis conceptos son fiel eco de la verdad. Id y visitad el sepulcro que

guarda las cenizas de este gran Prelado, y lo encontraréis siempre cubierto de los más significativos recuerdos, hoy lo mismo que el día en que se depositaron allí sus restos. Nadie se atreve á pisar la humilde lápida que los cubre, á pesar de estar á la entrada de la Iglesia mayor. ¿Qué los detiene? No otra cosa que el recuerdo vivo de sus heroicas virtudes.

Después del pasajero gobierno en la Diócesis de Querétaro, del Ilmo. Sr. D. Bernardo Gárate, gran canonista y de intachable conducta, la Providencia colocó en ella al Ilmo. Sr. D. Ramón Camacho. Este Obispado está topográficamente colocado en el centro de la República Mexicana. Ese teatro convenía más que otro ninguno al Ilmo. Sr. Camacho, destinado á ejercer una excepcional influencia en todo el Episcopado Mexicano. A su humilde y modesto gabinete iban en son de consulta los negocios arduos del país entero. Esto le ha valido pasar á la posteridad con el honrosísimo dictado de consultor de los obispos mexicanos. Y en verdad estaba adornado de las dotes que requería esa misión providencial. Distinguíanle una firmeza y una rectitud de juicio tal, que nada falseaba ni debilitaba el sereno criterio del Sr. Camacho. A las opiniones más generales no concedía sino lo que la justicia y la verdad demandaban. Entre tantas vicisitudes porque ha pasado la Nación Mexicana, fué una de ellas, la

que ocasionaron los desafueros, en época no remota, contra la Iglesia, que contristaron á todos los buenos, y sugirieron á una gran mayoría el pensamiento de buscar una solución favorable en los campos de batalla. Los eminentes Prelados que en calidad de arzobispos gobernaban las tres metrópolis en que está dividida la Iglesia Mexicana, llevan este negocio de vital interés, al estudio y consejo del sabio Obispo de Querétaro. Aceptando su juicio, le encomendaron la redacción de la Pastoral colectiva. ¿Qué santa independencia para exponer la sagrada doctrina en presencia de los depositarios del poder, que la habían desconocido! Pero á la vez hermanos míos, ¿qué autoridad, qué prestigio y cuánta persuasión, para obligar á las muchedumbres á limitar su acción á los medios pacíficos, y á abandonar las vías violentas! Desempeñó el Sr. Camacho con tanto acierto su cometido, que, ¡oh espectáculo grandioso! vimos á todo un pueblo, á la voz de sus Pastores, deponer las armas.

Esta no fué más que una de las revelaciones de sus talentos, de su caracter y de su ciencia, tan vasta como ordenada. El cuerpo de sus pastorales es un monumento precioso en su género. No el espíritu de hallar analogías, sino la verdad imponiéndose naturalmente, es la que nos ha descubierto los muchos puntos de semejanza que tiene la voz del inmortal León XIII, hablando en sus pastora-

les á sus diocesanos de Perusa, y la del Ilmo. Sr. Camacho dirigiéndose á sus feligreses de Querétaro. Coinciden en muchos de sus objetos y en la manera de exponerlos; hasta en cuestiones de estilo, se notan visibles semejanzas. Es tal el fondo de excelente doctrina, el ordenado método con que se expone, el exquisito tino con que se adapta á las más urgentes necesidades de los fieles, y tal la seguridad y prudencia con que se abordan las cuestiones más difíciles y espinosas, que se leen con gusto estas producciones del docto Obispo de Querétaro, aún después de haber saboreado las del Arzobispo de Perusa, hoy Soberano Pontífice.

Antes que se verificaran las desmembraciones que dieron origen á las nuevas diócesis, la de Michoacán y todas las de la República, pasaron por ese periodo de transición que sobrevino con la independencia del país y su nuevo régimen de gobierno. La lucha de armas había pasado; pero en el campo de las opiniones, de las ideas y de las pasiones, la contienda, como era natural, se mantuvo por muchos años. La exaltación de los vencedores y el resentimiento de los vencidos, originaron graves conflictos en que alguna vez se comprometieron los legítimos intereses de la moral y de la justicia. En estas circunstancias, y después de un largo periodo de viudedad de la Iglesia de Michoacán, fué elegido para su Pastor el Ilmo.

Sr. D. Juan Cayetano Gómez de Portugal. Su nombre resuena en un nimbo de gloria por todos los ámbitos de República Mexicana. Su encomio se ha hecho en todos los grandes púlpitos por esclarecidos oradores. Aquí mismo, una de las mayores reputaciones literarias, ha hecho el panegírico más completo con todos los encantos de la elocuencia. Paréceme escuchar al ilustre panegirista, que llorando la muerte del Pastor cuyos restos mortales descansaban á su presencia sobre fúnebre tumba, exclamaba: “¿Dónde está el Doctor esclarecido que hacía correr hasta por las aldeas y descender hasta la inteligencias de las turbas, el misterioso y sublime libro de la religión y de la ley? ¿Dónde está el sabio que veía constantemente llevar á su retiro los homenajes ilustres decretados por la admiración al talento y á la virtud? ¿Dónde está aquel cuya mano, abierta como su corazón, sobre la miseria de los pueblos, parecía multiplicar los panes para saciar á la multitud? ¿Dónde está el venerable Pontífice, cuyo rostro encendido, como el de Moisés, por el reflejo de Dios, persuadía la virtud antes de desplegar los labios, y predicaba la fé con sólo su presencia? ¿Dónde está el Ambrosio de la Iglesia Mexicana?” En el fondo de ese cuadro perfecto y acabado y en cada uno de sus coloridos, hay tanta verdad como elocuencia: la imaginación no ha prestado sus alas para uno solo de esos detalles. Pero no está allí

todo. No, no está: bajo ese hábil pincel aparece retratado el hombre de virtud, el sacerdote, el apóstol; pero no el hombre superior, elevándose sobre su época y las circunstancias que lo rodean.

El eminente Obispo de Michoacán, fué llamado como mexicano á tomar parte en la dirección de los negocios públicos y á sentarse en una curul de la representación nacional, teatro de apasionados debates. Son allí desconocidos, por enloquecidos tribunales, los fueros que da el derecho natural y defiende la justicia eterna. Sus voces son oídas con entusiasmo por frenéticas turbas, que de consuno piden el destierro y la proscripción de muchos cuyo delito solo es haber pertenecido á la nación conquistadora. ¿Qué hará el Ilmo. Sr. Portugal? Mi pluma no es capaz de trazaros la conducta noble, levantada, digna y patriótica que observara. Dejemos hablar á su eminente panegirista. Pregunta: “¿Quién conjurará esta tormenta? ¿Quién pronunciará *el hasta aquí* al desenfreno de los partidos? ¿Quién desplegará sus labios para reclamar enfrente de las turbas indómitas, los sacros deberes de la justicia? ¿Quién volverá por la causa de la religión y de la moral en el torbellino político? ¿Dónde está el varón celoso que ha de lanzar el terrible anatema de la posteridad? ¿Quién se atreverá á desplegar los labios en una crisis tan terrible? Portugal, insigne Portugal, esclarecido patriota: hé aquí tu hora, hé aquí tu teatro; á este

punto del tiempo, á esta crisis de la patria te llaman tu genio, tu virtud y tu destino. Y levantó su voz autorizada en favor de las víctimas, y la historia recogió en sus páginas de gloria esta rara lección para enseñanza de la posteridad. Y la fama llevó á todas las naciones civilizadas, con honor el nombre de nuestro gran Obispo; y en la ciudad eterna se decretó, por el oráculo infalible de la verdad, un honor extraordinario; y México y la silla episcopal de Michoacán, tuvieron el elevadísimo y singular honor de tener el primer Cardenal de las Américas.”

Ya en sus últimos días, presagios funestos y síntomas alarmantes anunciaban para México tiempos de terribles luchas y de pruebas supremas, que habían de cubrir de luto á la nación mexicana. Pisando sobre carbones encendidos penetro en esta época, que es la presente. Seré sobrio y muy sobrio. Me impondré el deber de dirigir mis palabras de verdad á la inteligencia de mis oyentes, y no á su corazón, temeroso de que las pasiones traigan su contingente á esta gran solemnidad. No analizaré ese periodo de nuestra historia de que yo y vosotros hemos sido testigos oculares, y que ignoramos, cuando y como se cerrará. Lo que es de todo punto cierto é indiscutible es que la persecución desatada contra la iglesia, atacó sus más vitales intereses, que se le atacó con muy grande empuje, y que en ese ataque se ha desa-

rrollado increíble constancia, todo lo cual lo ha hecho colosal, terrible. El Illmo. Sr. Portugal bajó al sepulcro al iniciarse esos tormentosos tiempos. ¿Quién será su sucesor? Aquí se presenta el Illmo. Sr. D. Clemente de Jesús Munguía. Y la primera frase que se desprende de sus labios, concretados al parecer á un asunto determinado y circunscrito por circunstancias muy particulares, es como una voz profética, que consigna todo el programa de su vida: *El derecho de callar ya no existe para mí.*

El cielo lo había preparado con las dotes que exigía el cabal cumplimiento de su ardua, muy ardua misión: una inteligencia de primer orden, en la que no se sabe qué admirar más, si su prodigioso alcance, si su claridad suma, si su sagacísima previsión en la polémica, si la inagotable fecundidad, y la oportuna y abundosa claridad de expresión: un vigoroso carácter, sostenido por un gran valor civil, que le daba el ascendiente sobre sí mismo, para no gastar su energía en cosas ruines y de pequeña monta; para dar á sus contiendas el tono que la moral, al carácter del Prelado, y la muy noble causa de la iglesia, demandaban muy justamente; para mantenerse firme en su puesto providencial; y una rectitud y pureza de costumbres en que se embotara el agudo aguijón de la maledicencia y la calumnia. Sus estudios, con que se preparaba á la gran lucha, fueron la dia-

léctica, la historia, la apología eclesiástica, la más vasta ciencia de la Jurisprudencia, y grandes estudios religiosos, hechos no de una manera superficial, sino expuestos en sus pocos volúmenes en folio.

Muy pronto, hermanos míos, lo vemos, ya á la cabeza del Episcopado Mexicano, abrir la gran defensa de los derechos de Dios y de su Iglesia. Todos los ataques tienen su enérgico correctivo. Y en la avasalladora palabra del Prelado encontrarán un muro de granito las prescripciones injustas de las leyes, los sofismas de los tribunos, la destemplada vocería de la prensa. Fiel á una misión, tendrá siempre y en toda ocasión, la libertad y la energía para decir la verdad, toda la verdad, sean cuales fueren el poder y las amenazas de sus adversarios, y los peligros que corra la persona del gran Obispo. Ningún género de temor, ni el deseo de darse algún reposo, ó de salvar alguna personal conveniencia, debilitaron en lo más mínimo el vigor de la defensa. Ni el descanso ni la tregua tuvieron entrada en la vida de este atleta del cristianismo. En su existencia está sintetizada la historia de esa azarosa época de la Iglesia y del Estado mexicanos. Quedan legados á la posteridad, ya sueltos, ya coleccionados, los escritos polémicos de este vigoroso defensor de la Iglesia. No es opinión mía, sino la de hombres pensadores, que esa defensa es tan completa en el fondo y en

la forma, que descuella aun entre las que se han hecho en las Iglesias más renombradas, en circunstancias análogas.

Nuestro gran Obispo espiró en la Ciudad Eterna, en los brazos del amigo de su infancia, el fiel compañero de toda su existencia, del Illmo. Sr. D. Pelagio A. de Labastida y Dávalos.

¡Se agotó, hermanos míos, la apología en el Illmo. Sr. Munguía, con sus escritos y su palabra, ora dirigidos á los fieles, ora á los adversarios? No, hermanos míos. El tenía otra palabra, que dirigía no á los hombres, sino especialmente á Dios; otras voces de mayor valía que las de la inteligencia, que articulan los labios y consigna la pluma, las voces del dolor y del sacrificio, que siempre escucha el corazón de Dios. ¡Quién podrá expresar las tristezas, las melancolías, las amarguras del sensible Prelado, en sus repetidos y prolongados destierros? ¡Quién podrá medir hasta qué punto subió su acervidad con la imaginación ardiente del gran Obispo, con la renovación de las noticias de los sufrimientos de su Iglesia, y con la durísima prueba de los desengaños? ¡Gran Pontífice, gloria de nuestra patria, honra de nuestras letras, ornamento del Episcopado Mexicano! No os diré yo con el más elocuente de los oradores del siglo, que toda grandeza debe ser coronada con un gran infortunio, sino que una sola defensa os resta que hacer de vuestra Iglesia, delante de

Dios, vuestra muerte en el destierro, *Pretiosa in conspectu Domini mors sanctorum eius.*

¡La aceptó Dios? Responden que sí las multiplicaciones de nuestras diócesis, el incremento notable del sacerdocio, la exuberante vida que muestran nuestras iglesias; las asambleas sinodales que sin la menor contradicción se hacen en nuestro extenso territorio. El sacrificio y el martirio de los primeros cristianos, hizo tan fecundo el suelo del Imperio Romano, que obligó á exclamar á Tertuliano: ¡éramos de ayer y ya lo llenamos todo! Con igual razón podemos nosotros, á la vista del sacrificio de nuestro grande Obispo espirando fuera de la patria, comiendo con lágrimas el amargo pan del destierro, y en vista del desarrollo de las iglesias, anunciar la santa fecundidad de las lágrimas de nuestro grande obispo, y exclamar con toda convicción: ¡Es preciosa, es de mucho valor en el trono de las misericordias divinas, la muerte de un santo, *Pretiosa in conspectu Domini mors sanctorum eius!*

No podrán los enemigos preguntarnos: ¡dónde están vuestros dioses? ¡dónde su protección, dónde la fuerza de su brazo, que no os defienden y colocan en vuestra mano la palma del triunfo? No, porque por caminos que el Señor sabe recorrer, ha sabido dar un gran triunfo á la Iglesia de México, y tal, que no lo hubiera ideado la inteligencia humana. Triunfo patente! ¡Insigne Prelado

de Sonora, que el amor á esta Iglesia de Michoacán os ha hecho tomar parte en los trabajos conciliares, dad testimonio irrecusable de la verdad del triunfo de la Iglesia Mexicana; patentizadnos que el rebaño que apacentais con tanta abnegación y tanto acierto, es hijo de aquellas lágrimas, de aquellos dolores, de aquel consumado sacrificio!

El llamamiento que hace la Iglesia, hermanos míos, á vuestra piedad; uno de los más consoladores dogmas que profesa, y la gratitud de vuestro corazón, son otros tantos títulos que os obligan á multiplicar los santos sufragios por el eterno descanso de nuestros ilustres bienhechores. Depositadlos en manos del Illmo. y Rmo. Metropolitano, que avanza en estos momentos á ofrecer por ellos la víctima de infinito valor. Que nuestras plegarias y las suyas formen mística columna, que apoyándose en el ara santa, se eleve más allá de las nubes, y lleve al trono de las eternas misericordias, descanso é incremento de gloria á nuestros grandes y muy amados bienhechores!

*Morelia, 23 de Marzo de 1897.*

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UAN

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA